

LIBRO

Rencontre avec Florence Guignard. A l'écoute du développement de la pensée humaine

Entretien avec SYLVIE REIGNIER

Toulouse: Érès, 2024

Más que una «autobiografía dialogada», este libro nos habla de la vida personal y profesional de la psicoanalista Florence Guignard, a partir del desarrollo de sus ideas, ofreciéndonos la ocasión de ver un panorama, entre otros, del psicoanálisis europeo desde los años 1960.

La entrevistadora, Sylvie Reigner, es psicoanalista de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP), amiga y colaboradora en la transmisión en psicoanálisis del niño y del adolescente. Florence Guignard es una formidable transmisora, «pasadora», como se dice en el texto, de conceptos pensados y repensados para ayudar a entender el funcionamiento psíquico del paciente y de su analista. Desde ahí participa en los debates de la comunidad psicoanalítica internacional desde hace más de 50 años.

En el prefacio, los responsables de la edición desean que el libro:

«Interese a un grupo de lectores pluri-profesional y pluri-institucional, por la fecundidad de los desarrollos de la psicoanalista, siempre fieles al modelo freudiano de la pulsión, con mucha riqueza en figurar el teatro de los objetos internos y externos descrito

por sus sucesores y animado por movimientos complejos, en un panorama extenso del cual ella misma ha descrito la genealogía y la variedad de expresiones intra e intersubjetivas» (p. 17).

El libro se compone de tres capítulos. El primero se titula: «Nacimiento de una investigadora». Nacida en Ginebra en el año 1934, hija de un médico dentista y de una madre violinista con talento, refiere haber tenido la suerte de haber sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial; cuenta haber asistido con su madre al anuncio del armisticio y aprecia la influencia que han tenido en su vida valores como la solidaridad social en sus propios ideales de vida y profesionales.

Su primer contacto con el psicoanálisis fue siendo niña. Tras el nacimiento del hermano, sus padres percibieron su malestar y la llevaron a un psicoanalista. Este cometió el error de no respetar la confidencialidad, algo que –nos dice la autora– grabará en su mente con humor y tendrá el cuidado de respetar con sus propios pacientes.

Estudiante en la Universidad de Psicología de Ginebra, se alimenta del «caldo de cultura» científico ginebrino, en particular los años de enseñanza

con Piaget y su modelo de inteligencia. La autora recomienda la lectura del libro de Piaget *La construction du réel chez l'enfant* (1937), sobre todo a los psicoanalistas, expertos en el principio placer/displacer y guardianes del principio de realidad. En 1960 trabajó como psicóloga clínica, y también formadora, con el psiquiatra vasco, Julián de Ajuriaguerra, que se había trasladado de París a Ginebra, del que resalta el espíritu de apertura y su saber hacer en la organización multiprofesional del servicio de salud mental infanto-juvenil. Recuerda de este primer tiempo que, devenir psicoanalista a partir de la práctica con los niños, estimuló su espíritu de investigador que nunca fue abandonado. Recuerda, asimismo, la estrecha amistad con Manuela Utrilla, que participó en la creación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. En 1961 fue admitida en la Sociedad Suiza de Psicoanálisis, donde tuvo a formadores psicoanalistas suizos y franceses, como Serge Lebovici y René Diatkine. En esta época, conoció el pensamiento de W. R. Bion. Expresará su admiración colaborando en el libro titulado «Bion, un pensador en búsqueda de pensamientos» (2013).

En 1970, tras su enlace con el psicoanalista Jean Begoin, se traslada a París y retoma la formación psicoanalítica en la SPP, siguiendo su actividad terapéutica con niños, y escribiendo sus primeros textos sobre el papel del juego en la simbolización, sobre el funcionamiento psíquico en el periodo de latencia y sobre las características

de la transferencia y la contratransferencia en psicoanálisis de niños:

«Mis lazos profesionales con París me permitían pensar que encontraría una estimulación nueva para desarrollarme y seguir aprendiendo a pensar» (p. 72).

Trabajó como psicoterapeuta en el Instituto Edouard-Claparède, donde pudo entablar relaciones profesionales y de amistad que la acompañarían toda la vida, entre otros, con Joyce McDougall. Florence Guignard recuerda las resistencias de aquella época para considerar que el psicoanálisis del niño existía y era algo a transmitir en la formación de los analistas.

El segundo capítulo lleva como título «Madurez: una psicoanalista en el mundo». Françoise Guignard fue madre de dos hijos nacidos en 1972 y 1974. Comenta lo impactante para ella de la experiencia de la maternidad y la conciliación con el ejercicio de su trabajo:

«Al principio veía que quería proteger este pequeño invitado, tapándole los oídos cuando un exceso de agresividad o de depresión se proyectaba sobre mí. Pero comprendí rápidamente que yo proyectaba sobre él mis propias resistencias y que lo mejor que podía hacer para él era continuar escuchando a mis pacientes “sin memoria ni deseo”, como lo recomienda Bion» (p. 85).

La autora habla de su interés temprano en profundizar sobre lo femenino. A partir de los años 1980, realizará una lectura personal del texto de Freud de 1924 que se refiere al masoquismo

erógeno como equivalente al masoquismo femenino. La investigación de años de Guignard la llevará a hacer la propuesta de un espacio maternal primario y un espacio de lo femenino primario. Siguiendo a la autora, el espacio materno primario permitiría la instauración de escisiones de base adecuadas: bueno y malo, por una parte, y también la intrincación de los instintos de vida y de muerte, y sus componentes masculinos y femeninos. Asimismo, todo el conjunto de objetos parciales. Ulteriormente, el espacio femenino primario permitiría observar fenómenos más sutiles, alternando con los anteriores, que irán eclipsándose sin desaparecer, en el transcurso del desarrollo psíquico armonioso: los primeros momentos de extrañeza en relación con la instalación del objeto total, la inauguración de la posición depresiva, la bisexualidad psíquica (en forma de masculino y femenino) y el crecimiento progresivo de la investidura del principio de realidad.

Siendo miembro adherente de la SPP en 1979 y titular en 1982, insiste sobre la importancia para ella, a lo largo de toda su vida, de aprender de los pacientes:

«Son mis pacientes los que me han incitado a profundizar, sobre todo, en la cuestión de lo infantil, la diferencia entre lo materno y lo femenino, el problema del masoquismo; son ellos los que me han enseñado hasta cuándo mi silencio era vivido por ellos como una escucha, y a partir de cuándo era sentido como un ataque, o peor, como indiferencia. También me han enseña-

do hasta qué punto tenía que respetar su silencio e intentar, cuando este se convertía en otra cosa –una furia o una desesperación– qué no se podía decir, por ejemplo. Me han enseñado que ninguna interpretación preparada de antemano llega y que toda formulación del analista debe inventarse en el justo momento, aunque sea un tema clásico, como el complejo de Edipo o la angustia de castración, sin lo cual, la palabra de la analista caerá en el vacío. También me han enseñado la importancia de reconocer abiertamente mis errores, y de comunicarles mi ignorancia o mi impotencia frente a algo que me piden o un contenido de sueño del que no entiendo el sentido, cuando me lo están contando. Esto les facilita la desidealización inevitable de su objeto de transferencia, pero, sobre todo, les permite la identificación a un *Neben-mensch*, un “prójimo” que busca, más que una *imago* que pretende saberlo todo. Y a partir de ahí, el paciente se convierte en “nuestro mejor colega”, como dice Bion» (p. 93).

Florence Guignard realiza encuentros fecundos fuera de la institución de la SPP, en concreto, con Piera Aulagnier del Quatrième Groupe, sociedad creada en disidencia con Lacan; y con Donald Meltzer, de quien fue traductora y asistente en las actividades de formación que el psicoanalista americano dio en Francia. Fruto de ese trabajo es el GERPEN, Grupo de estudio y de investigación para el desarrollo del niño y del bebé, donde Florence Guignard sigue colaborando.

Un tema central de este libro-entrevista es el largo combate de la autora por el psicoanálisis de niños. Hacia finales de los años 1990, la IPA conoció un crecimiento del interés por el psicoanálisis de niños y adolescentes tras la integración en el seno de la Asociación Americana del Psicoanálisis de sociedades que agrupaban psicoanalistas no médicos que se habían formado con Anna Freud o sus sucesores. En esa época fue creado por Anne-Marie Sandler el COCAP (Committe On Child and Adolescent Psychoanalysis). En Francia, sin embargo, la autora refiere cómo, junto a Annie Anzieu, se encontró con una desconfianza y hostilidad de un amplio sector que rechazaba considerar los tratamientos psicoanalíticos de los niños como parte del ejercicio del «verdadero» psicoanálisis. La creación de la Asociación Psicoanalítica del Niño (APE, disuelta en 1993) y, después, de la Sociedad Europea para el Psicoanálisis del Niño y del Adolescente (SEPEA) fue el resultado de un gran esfuerzo. Con una perspectiva de 25 años, la autora confirma la evolución de la formación en niños y adolescentes en el seno de la IPA. Recientemente, se ha presentado un nuevo modelo de «formación integrada», promovido en el mandato de Virginia Ungar: integra la formación en psicoanálisis de adultos y de niños, en condiciones que tienen en cuenta tanto las exigencias de formación como las condiciones actuales de una sociedad occidental en pleno cambio.

Florence Guignard rechaza la división entre el psicoanálisis del niño y del adulto, que, aunque tengan encuadres y técnicas diferentes, se basan tanto la una como la otra en la puesta en perspectiva de los aspectos transference en el campo de una situación analítica encuadrada. En su concepción, Florence Guignard considera, en efecto, la pulsionalidad del ser humano como una «estructura de sedimentación» con una superposición de capas geológicas que corresponden a niveles de intrincación diversos, pero que permanecen completamente ligados entre ellos y (¡todas!) activas durante toda la vida, en una oscilación entre movimientos progredientes (el trabajo de cultura que transforma la pulsión a lo largo de la existencia) y movimientos regredientes, pudiendo llevar a la estupidez y, en el peor de los casos, a la negación del otro, incluso a la crueldad y a la barbarie. Para la autora:

«La técnica analítica debería ponerse al servicio de lo vivo y de lo efímero en el campo analítico; sin eso vivo que palpita, la interpretación es una mera traducción, pierde parte de su sentido, y la comunicación de pensamientos con uno mismo y entre los individuos se desnaturaliza» (p. 192).

En toda la entrevista, se percibe el interés y el compromiso de la autora en compartir un cierto pensamiento psicoanalítico en Europa y en todo el mundo. Prueba de ello son los artículos publicados en esta revista y las conferencias que ha impartido en la Asociación Psicoanalítica de Madrid desde hace años.

El tercer capítulo lleva el nombre «Reflexiones clínicas». El diálogo entre la psicoanalista y su entrevistadora trata sobre temas de actualidad. Por ejemplo, cómo podemos pensar en la capacidad de ensoñación materna en el siglo XXI, en una sociedad con sus imperativos socioeconómicos que dejan a la madre, a menudo, sola en medios hospitalarios asepticados y reducidos de presencia humana. La autora se apoya en Donald Meltzer y su concepto llamado «conflicto estético»:

«Es el fruto del trabajo de Meltzer, a partir de la obra de Bion, sobre el papel de la madre en el nacimiento del pensamiento. Implica que la madre funcione suficientemente bien según el principio de realidad y, por ello, no haga, “todo” para que el bebé vuelva a encontrar su estado intrauterino, tras haberse activado precisamente para salir de él» (p. 212).

Otro tema de reflexión es la dependencia de los niños de las redes sociales, diferente de la dependencia con las figuras parentales. Para la autora, la dependencia a las redes está en relación con los desfallecimientos narcisistas del sujeto: busca en las redes sociales una visibilidad, una «popularidad»; ingredientes, en suma, que no pueden sustituir la certeza de ser querido por un buen objeto interno. Se comenta la importancia de desarrollar el sentido de la responsabilidad en el niño de hoy en día, frente a las nuevas normas sociales y los juegos

de video. También se comentan cuestiones que tienen que ver con el hedonismo imperante en la sociedad actual y la responsabilidad de las familias y de la sociedad en no privar a los niños y a los adolescentes de tener perspectivas de crecimiento, ayudándoles en la transformación de las pulsiones.

Para concluir la rica e interesante conversación, se plantea la pregunta: ¿Qué futuro para el psicoanálisis?:

«En su dimensión terapéutica, pienso que el psicoanálisis no sobrevivirá si nosotros, sus practicantes, no aceptamos mirar de frente la evolución del mundo que nos rodea. Ya que, si la lógica del inconsciente funciona en un universo del “tiempo estallado” –según la hermosa expresión de André Green– que incluye lo intemporal, no podemos practicar nuestra acción terapéutica sin reconocer nuestra dependencia con el tiempo y el mundo en el que trabajamos» (p. 288).

BIBLIOGRAFÍA

- Piaget, J. (1937). *La construction du réel chez l'enfant*, Neuchâtel. Delachaux & Niestlé.
- Guignard, F. (2013). Bion, un penseur en quête de pensées. *Le Coq-Héron*. W. R. Bion: la psychanalyse en devenir, n° 216, p. 17-28.

IDOIA AGIRRE